

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO



TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

MARIANA VELILLA PÉREZ

DESPERSONALIZACIÓN

BOGOTÁ

2024



**AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA CONSULTA Y
PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE
GRADO**

Código: FOR-F-2
Versión: 1.0
Página 1 de 1
Fecha: 17/03/2022

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. Trabajo de grado requisito para optar al título de:

2. Título del trabajo de grado:

3. Autoriza la consulta y publicación electrónica del trabajo de grado:

Sí autorizo , No autorizo a la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

4. Identificación del autor

Firma: _____
Nombre completo: Mariana Velilla Pérez
Documento de identidad: 1140896221

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Velilla Pérez	Mariana

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Caputo Cepeda	Giuseppe

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Despersonalización / El día que nací está en otro lugar

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá D.C. AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2024

NÚMERO DE PÁGINAS: 60

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL

Escritura Creativa, Voz Performática,

Libro – Experiencia,

Cuerpo, Plasticidad,

INGLÉS

Creative Writing, Performative Voice,

Experience – Book

Body, Plasticity

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Artefacto interdisciplinar que se propone tratar la palabra como un cuerpo vivo para ahondar sobre la memoria, la locura y la mediumnidad. Por medio de tres personajes femeninos con un devenir animal se reflexiona sobre la desarticulación de los límites (vida-muerte, razón-locura, yo-otra) como una oportunidad para mostrar la impredecible revelación de la memoria.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

Interdisciplinary artifact that aims to treat the word as a living body to delve into memory, madness, and mediumship. Through three female characters with an animal evolution, reflection is made on the disarticulation of boundaries (life-death, reason-madness, self-other) as an opportunity to show the unpredictable revelation of memory.

Despersonalización

Ensayo introductorio

Mariana Velilla Pérez

Este proyecto se mueve entre la danza y la escritura, y tiene como punto de partida los diarios escritos por mi bisabuela Ángela, una mujer nacida en Sincelejo en 1911. En sus diarios retrató su infancia y adolescencia, así como también la vida de casada, de madre y de esposa. Yo siempre había querido hacer “algo” con los diarios, tanto como bailarina como escritora, sobre todo por la manera como ella los escribió —son muy poéticos y melancólicos— y también porque varios aspectos en su historia me inquietaban. Fue una mujer que enviudó con apenas cuatro años de matrimonio y con dos hijos. Participó activamente en el movimiento liberal. Además de esto, tenía la costumbre de escribir, aunque no era algo común en las mujeres de su entorno. Se caracterizó por ser una mujer muy intelectual y racional a lo largo de su vida; sin embargo, envejeció enfrentando una fuerte demencia senil.

Cuando yo tenía siete años, Ángela murió en casa de mis abuelos. El recuerdo que tengo de ella antes de morir se sobrepuso con la imagen que se construía en el ejercicio de lectura de los diarios. Es por esa pisada de imágenes que comenzó a surgir la pregunta por la memoria. Al principio, sentía que debía honrar el archivo, entonces empecé a escribir poniéndola a ella en el centro —a su propia escritura—, pero se me dificultó mucho ese procedimiento. Me sentía muy distanciada de ella, aunque intentara rodearla.

Los diarios se convirtieron en una obsesión, lo que me llevó a preguntarme intensamente sobre mi conexión con ellos. ¿Por qué sentía la necesidad de hacer algo con esos diarios? ¿Habría algo oculto en ellos o algo que yo desconociera? La única persona con la que podía hablar al respecto era mi abuelo. Él es médium y hace algunos años me explicó que a veces los espíritus llegan de paso, necesitando algo. Dependiendo de lo que necesiten, uno puede ayudarles a aliviar esa pena y luego simplemente se van. Recuerdo haber sentido mucho miedo e imaginarme los espíritus como monstruos diabólicos. Mi abuelo me dijo que no era algo a lo que debería tener miedo e intentó explicarme sobre las energías, las vibraciones, las frecuencias y la física cuántica. Me explicó que ser médium involucra tener la capacidad de actuar como intermediario entre el mundo físico y el mundo espiritual, y que a los espíritus que llegan se les llama entidades.

Nadie en la familia me había mencionado ni explicado antes el tema espiritista. Cuando comencé a mostrar interés por la vida de mi bisabuela, mi abuelo me prestó todos los diarios y me habló sobre su vida, revelándome que ella también era médium. Hace algún tiempo, mi abuelo me mencionó que yo también poseo habilidades mediúmnicas. La obsesión por los diarios también venía acompañada de preguntas sobre el espiritismo y cada vez sentía un mayor deseo de comunicarme de alguna manera con mi bisabuela.

Llegué a preguntarle a mi abuelo por qué me percibía de esta forma, al igual que a su madre, y su respuesta siempre consistió en explicarme una y otra vez qué era y cómo funcionaba la mediumnidad. En estas charlas con mi abuelo, mi abuela Natividad, su esposa, siempre estaba presente, pero al mismo tiempo ausente. Mi abuela sufre de principios de demencia senil. Todo me parecía abrumador en las visitas a mis abuelos porque, por un lado, yo estaba haciéndole preguntas a un archivo de memoria, intentando entender cómo podía comunicarme con alguien fuera de este plano vibracional, más allá del recuerdo o de las imágenes que tenía del pasado, y por el otro lado, tenía enfrente a mi abuela, quien compartía espacio físico conmigo, pero su memoria divagaba distante en otro tiempo.

Entonces puse en el centro de la escritura de este proyecto a mi bisabuela y a mi abuela e intenté rodearlas, pero me seguía sintiendo muy desconectada, como si algo estuviera bloqueado frente a esa operación. Me sentía muy frustrada porque tenía muchas preguntas creativas y la escritura no me estaba ayudando a solucionarlas. La quietud en mi escritura y en los diarios me parecían lo contrario al espíritu mismo del proyecto y de todo lo que quería contar.

Fue en ese momento en el que la escritura misma me empezó a exigir movimiento. Decidí improvisar con mi cuerpo a través de la danza para darle al proyecto la vitalidad y el dinamismo que pedía. La improvisación como técnica de estudio y como herramienta creativa me abrió la posibilidad de juego¹, la sensibilización de mis sentidos y la expansión de mi escritura. Se instauró una operación en torno a la traducción del movimiento corporal al movimiento textual. Por medio de pautas de movimiento que tenían como objetivo la dislocación del *yo*, comencé a extraer aquello escondido en mi memoria y luego, al transcribir la experiencia, comencé a llegar al recuerdo mismo y a la narrativa que la escritura me exigía.

¹ Entendiendo el juego desde la perspectiva del performance estudiada por Shechner: “*Playing is double-edged, ambiguous, moving in several directions simultaneously.*” (Shechner, 2013).

En esta operación se evidencian los tres quiasmas sensoriales que menciona Marie Bardett en su libro *Pensar con mover*:

«intra-sensorial»: sentir y a la vez sentirse, «inter-sensorial»: el ojo escucha, «para-sensorial»: entre el acto de enunciación y el acto de sensación. No se trata ya de elaborar un imaginario a partir de las sensaciones, sino de ver cómo «lo imaginario es el motor profundo de la sensación, y por eso mismo, el motor de la danza.»

La primera pauta que me di a mí misma y realicé para mi proyecto fue: “Bailar la palabra memoria”. Al danzar la palabra, se abrieron muchas posibilidades, tanto energéticas como creativas, que impulsaron una escritura mucho más interdisciplinar y corpórea. Preguntarme por la memoria abría una grieta entre lo real y lo imaginado y fui entendiendo que desempolvar mis memorias fragmentadas quería decir fragmentarme a mí misma. Me di cuenta de que no podía rodear a mi bisabuela y a mi abuela, que yo debía también estar en el movimiento circular. A medida que iba haciendo estos conjuros con el cuerpo que se sentían como invocaciones y provocaciones, la pregunta por mis capacidades mediúmnicas tomó más fuerza. Empecé a sentirme loca y a entender que, tal vez, trabajar sobre la mediumnidad y la memoria era aceptar esa locura. En el centro estaba la pregunta: ¿Soy médium o estoy loca?

La exploración del cuerpo y así mismo la exploración de la palabra fueron necesarias para encontrar la manera de habitar mis recuerdos, para encontrar la manera de narrar episodios que conectan a los tres personajes: Ángela, Natividad y mi nombre. El juego y el movimiento fueron clave para poder desentrañar el archivo escritural, el archivo del cuerpo y el archivo de la memoria. A partir de estas improvisaciones y exploraciones pude encontrar dos voces, una de ellas performática y delirada, y la otra mucho más narrativa y cerebral.

Lo narrativo ahonda específicamente en los recuerdos de mi infancia, de la casa de mis abuelos y de aquellos episodios claves para entender el presente. La voz performática me ayuda a componer un cuerpo que está completamente dividido entre esa grieta que ha abierto la pregunta por la memoria, la mediumnidad y la locura. Fue de mucha ayuda tener como referencia textos que exploran el lenguaje de manera expandida, como lo son *Conjunto vacío* de Veronica Gerber y *Grapefruit* de Yoko Ono. Ambos textos invitan al movimiento, son textos en los que es difícil no imaginarse al cuerpo en acción. Eso sentía que debía generar mi texto: que quien leyera pudiera ver mi cuerpo descolocado, desajustado y, al final,

despersonalizado. Deseaba que se pudiera evidenciar el problema en el que estaba, más allá de la solución que pudiera encontrar para éste.

En un momento tenía muchos pasajes que hablaban del mismo tema, pero no sabía cómo organizarlos. El texto mismo me pedía juego. Me pedía rupturas, grietas, me pedía que lo fragmentara también. La experimentación con la palabra era una necesidad y fue por esto que la página en blanco se volvió la escena del performance. La palabra, entonces, comenzó a tener espacialidad, tempo, ritmo y flujo de movimiento. La palabra debe bailar en la página en blanco, debe jugar. La diagramación de la palabra y su ubicación en la página en blanco operan como una bailarina en escena. La palabra, al igual que la bailarina, tiene un plano de luces que la acompañan y una pista musical.

Poco a poco y a lo largo del texto, esa palabra va desintegrándose, descomponiéndose cada vez más. La escritura misma se enloquece, delira, se derrite, se despersonaliza. Considero esto como un avance del proyecto en el que he encontrado la manera de tejer los dos registros escriturales (lo narrativo y lo performático), así como también las tres voces que los habitan. La interdisciplinariedad de este proyecto, junto con su necesidad de plasticidad y movimiento, me animan a seguir investigando la página en blanco como la escena en la que bailan los personajes. Tengo interés en convertir esto en una obra de danza. El espíritu que habita el proyecto, el cual considero expansivo y juguetón, se ha intensificado al investigar el movimiento y la palabra como una sola cosa.

Despersonalización
Mariana Vellla

La ciencia convencional
había llegado hasta los límites
finales del mundo de la materia.
-León Denis

Me he vuelto amiga de los cuervos que han empezado, desde hace un tiempo, a rondar mi casa. Cuando aún no ha amanecido y es todavía de noche, abro las ventanas para comunicarles que estoy despierta. Recolecto insectos pequeños para ellas y los dejo sobre el balcón. Las ventanas permanecen abiertas. El frío que entra a esa hora es petrificante, la noche se desliza en ese frío, como acariciándolo, despidiéndose con delicadeza. Me siento desnuda, al pie de la cama, a esperar que vengan a comer.

Después de un rato largo, llegan.

Siempre llegan tres y devoran los insectos en pocos segundos.

Me miran antes de empezar a comer, no para pedirme permiso, sino como un pequeño saludo. Yo les devuelvo la mirada, las miro con el cuerpo expectante y obediente, mis manos sobre mis rodillas, la columna erguida y la mirada fija. Cuando terminan de comer, apuntan nuevamente la mirada hacia la cama.

Se ha convertido esta puesta en escena en nuestro pequeño ritual, un momento íntimo entre las cuatro. Las miradas son penetrantes, hablamos con los ojos. Hay mañanas en donde después de esto se van y yo me cambio rápidamente. Hay otras mañanas en donde me quedo con ellas un rato más largo, yo lloro y ellas me acompañan, pero no lagrimean en lo absoluto.

Constantemente pienso en la muerte.

A veces, deseo que luego de terminar con los insectos, vengan por mí. No creo que sospechen sobre mi deseo, me daría temor si sí, y que no volvieran más. Los días en que deseo esto procuro respirar con tranquilidad y no hacer ningún movimiento brusco. Otras veces me siento asustada con su presencia, como tentando una fuerza mayor que no me pertenece, como jugando con los planes divinos. Pienso en la muerte desde que era niña. Cuando era pequeña mi mamá dormía conmigo, me hacía compañía en esas noches en las que el miedo me impedía dormir. Me acompañaba hasta que mi cuerpo se relajaba y bajaba la guardia ante la noche, pero siempre que, sigilosamente, me dejaba sola en el cuarto, las pesadillas atacaban. Soñaba con sombras alargadas sin rostro y con texturas extrañas que luego solo podía recordar a través de la sensación que producían en mi piel. Las pesadillas aumentaban mi desconfianza por la noche. La muerte, a mi parecer, siempre ha sido una sombra.

Recuerdo mirar las heridas en las manos y en los pies de Jesús y pensar que eran dignas, que él sí era merecedor de la muerte, que tenía el permiso de Dios para morir. Siempre me he preguntado cómo se le concede a alguien ese permiso y, sobre todo, si yo lo tengo. No creo. Desear algo prohibido como la muerte siempre me ha hecho sentir pecadora, pecadora de pensamiento, pero jamás de acción. Todo se queda en mi cabeza, estancado, imposible.

Los cuervos podrían encontrarme una mañana, muerta, con las ventanas abiertas y el cuerpo desnudo. La carne quieta, ya no palpitante. Sería carne muerta para ellos. Sería su alimento. Alimento de Dios. Pero no es así, cada día me encuentran espectadora, con miedo a ser

devorada, pero con el deseo en la piel, en ese órgano tan extenso que retiene el recuerdo de las sombras.

Escribo esto aún siendo de noche, a oscuras.

Cada día espero la llegada de ellas, que es siempre puntual, y apenas llegan, siento la angustia de que me dejen nuevamente sola. Sacuden las alas preparándose para el vuelo, e inician el despegue que no es para nada sigiloso; su partida es contundente y agresiva.

Yo me quedo sentada, pero siento que algo se separa de mí, se divide en tres y se aleja por el cielo.

Debo mover el *yo* de lugar.

Dislocarlo, incomodarlo, retarlo,
hacerlo sentir
inseguro, inestable, juguetón.

Arrastrarlo hacia la infancia,
engañarlo,
hacerlo sentir que no es él mismo
hacerlo sentir que no sabe quién es.

Quiero estar en la piel de mi *yo-niña*.

Para intentarlo hay que despertarse muy temprano en la mañana con rabia en el pecho, con una pataleta estancada en la garganta, sentir un llanto ahogado en los ojos por esa rabia que no quiere salir del todo. Darle un manotazo a la alarma y tumbar la lámpara de noche, romper el bombillo, que el piso se llene de vidrio y que, al pararse de la cama, sea difícil caminar. Para volver a la infancia hay que estar contra el tiempo, intentar encajar la acción de bañarse, cambiarse y salir en cinco minutos, en un minuto cerrar la puerta, respirar profundo y empezar a correr. Correr a toda mierda, a una velocidad que no parece ser humana. Ir a cruzar la calle y darse cuenta de que vienen muchos carros y entonces tomar la decisión de cruzar la calle más adelante. Pensar: nunca he cruzado la calle por aquí.

Antes de que el pensamiento se asiente, tropezar, coger vuelo y caer de rodillas.

Para volver a la infancia hay que estar tirada, en la mitad de la calle, con las piernas recogidas, balanceándose de lado a lado, como arrullando el dolor. Sentir los ojos aguados y la pataleta en el pecho. Cuando por fin salga de alguno de los dos ojos la lágrima esperada,

renunciar completamente a la adultez.

Para volver a la infancia hay que caer.

Si algún niño se caía en el colegio, si se raspaba las piernas, los brazos, la cara, la panza, cualquier parte del cuerpo, lo llevaban a la enfermería. Lo primero era que, en brazos de alguna mujer-madre, profesora o enfermera, lo ponían en una camilla azul, el llanto era abismal, era ruidoso, nacía desde lo más profundo de las tripas, un llanto como de nacimiento, como de dolor al mundo, como de impotencia, un llanto de herida. Después, la mujer-madre cogía un algodón y lo llenaba de un líquido anaranjado vinotintoso galáctico que, con mucho cuidado y suavidad, ponía en la herida. Ahí cesaba el llanto, ardía, sí, pero el color del líquido era mucho más llamativo en ese momento que el dolor de la herida.

Alejandra y yo, al descubrir este líquido mágico, deseábamos quedar impregnadas con él por el resto del día. Nos hacía sentir superiores a los demás niños, que andaban por ahí con su piel normal. Decidimos entonces, a cada tanto, ir por nuestra dosis. Nos raspábamos intencionalmente, nos caíamos sólo para que nos llevaran a la enfermería y nos pintaran heridas, como las de Jesús.

Un día, estaba jugando con Alejandra en el recreo. Tengo el recuerdo de haber caído, de haberme golpeado duro en la cabeza y haber empezado a llorar. Esperé que alguien me ayudara a levantar, pero nadie lo hizo, mi drama ya estaba normalizado. Entre los niños y niñas del curso, yo era la que siempre lloraba. Me levanté del piso desorientada. Y me invadió un sentimiento de olvido, de abandono. Alejandra seguía jugando y riendo.

De un momento a otro, no recordaba a nadie, no sabía dónde estaba, no sabía mi nombre, no sabía quién era.

Todo lo que se vive es un recuerdo.

Los niños se preocuparon, los programas infantiles de televisión siempre tenían su cuota de dramatismo, y ellos sabían muy bien lo que era perder la memoria, ya lo habían visto en Floricienta, si le pasaba a ella, bien le podía pasar a cualquiera en el recreo. Llamaron a una profesora, que con un español agringado me permitió refugiarme en sus piernas, las abracé fuertemente mientras que ella organizaba las filas de los cursos, recuerdo querer esconder mis ojos, por si se desviaban de la actuación y delataban la verdad.

La herida de esa caída no se curaba con el líquido mágico, lo fui entendiendo cuando en ese momento no me llevaron a la sala de enfermería, sino a la sala de profesores. Me sentaron y me regañaron por el show que estaba haciendo, llamaron a mi mamá y ella no se escandalizó para nada, entendió mi juego. Luego me tocó volver a la clase y pretender por un rato largo que no me acordaba de nadie.

A la única que recordaba era a Alejandra, pero creo que fue un intento por demostrarle lo mucho que la quería. Ni borrando mi memoria dejaría de amarla a ella, mi mejor amiga. Tal vez también había algo de mí que quería hacerla sentir culpable por no prestarle atención a mi caída.

Me senté en la última silla del salón y todos los niños me miraban raro, algunos se burlaban, se reían de mi locura. Se reían porque en el fondo sabían que mentía, se preguntaban qué estaría mal dentro de mi cabeza para jugar con algo así. Otros de los niños me miraban con pesar, como con tristeza, porque, de ser verdad, jamás volvería a recordarles. La actuación duró un rato, luego al final me cansé, creo, no recuerdo muy bien qué pasó.

Escribo a ciegas.

Después de esto, por muchos años, esta mentira me persiguió. Cuando ya estaba más grande, mis compañeros de clase recordaban la anécdota y me pedían explicaciones. Querían saber si de verdad había perdido la memoria, cuando me preguntaban me daba vergüenza, porque no quería decirles: estoy un poco loca, lo inventé, así no más.

Siento que la decisión de desertenecerse debe tener una justificación.

He contado esta historia varias veces en mi vida. De hecho, no estoy segura de que sepa realmente cuál es la verdadera versión.

No estoy segura si hay una caída. Tal vez, como me pedían explicaciones, la metí en la historia para que tuviera una sensación accidental. También con el tiempo inventé que me había caído por llamar la atención de un niño de la clase y que, al no ponerme atención, empecé a decir que no recordaba nada. No sé con qué necesidad lo involucré en la historia y descarté el personaje de Alejandra.

La historia podría fácilmente ser así:

Cuando era pequeña me inventé que había perdido la memoria porque me caí y no me prestaron atención.

O así:

Cuando era pequeña me inventé que había perdido la memoria porque sí.

O en últimas, también podría ser así:

Cuando era pequeña perdí la memoria.

No creo que fantasear con perder la memoria sea algo normal.

Sería muy extraño si pudiéramos decidir cuándo, cómo y dónde perder la memoria. Quitarnos el nombre. Decidir a voluntad caer en un vacío,

sin identidad,
sin contexto,
sin rumbo,
sin nada.

Los cuervos, en cambio, tienen identidad, contexto, rumbo. Tienen nombre: se los puse yo para evitarles la inexistencia y el vacío.

La más grande, aquella con la mirada canosa y de plumas decaídas es la que más me hace pensar en la muerte, la llamo Ángela. Ángel protector. Es la más alejada de mí cuando llegan a comer, tiene una actitud distante, casi no me mira a los ojos, excepto cuando va a despedirse. A otra le he puesto Natividad, no es la más pequeña de las tres, pero cada día se posa en un lugar distinto para comer, es impredecible, espontánea. A la tercera le he puesto mi nombre, porque siempre está entre las dos, como un punto débil entre la muerte y el nacimiento.

Hoy, al abrir las ventanas, sólo llegó Natividad. Es inusual que esto suceda, siempre llegan las tres, al tiempo. Ha pasado en ocasiones que llega solo una, pero al rato llegan las demás, casi enseguida. Dejé pasar unos minutos, pero no llegaron. Me senté en la cama, expectante como siempre, pero me sentí más desnuda que otros días.

Mi abuela paterna también se llama Natividad, el día que nací también nació ella.

Mi madre estaba en Santa Marta, rompió fuente en la madrugada y lo primero que hizo fue llamar a la ginecóloga que la atendía en Barranquilla. La ginecóloga, una doctora de confianza y muy cercana a la familia, le dijo que lo mejor era que cogiera carretera inmediatamente hacia ella. Preocupada, mi madre le dijo que no se sentía muy bien en ese momento para viajar, pero la doctora la convenció, asegurándole que nada le iba a pasar, que el camino a esa hora estaba despejado y que la dilatación estaba en su punto perfecto para aguantar ese tiempo. Mi madre despertó a su madre para que la acompañara y a uno de sus hermanos para que manejara el carro que la llevaría al hospital. Todos estaban muy preocupados, la angustia era imposible de disimular, pero le sonreían a mi madre fingiendo tranquilidad para que ella no se alterara. Salieron con el sol todavía escondido, apenas coqueteando con el horizonte del mar Caribe, los pescadores ya lanzando red en un mar sereno propio de esas horas quietas de la madrugada. Mi madre y su madre se sentaron juntas en las sillas de atrás, mi madre entre respiraciones profundas y ahogadas agarraba la mano de su madre con fuerza, con miedo de la muerte y a la vez con emoción de la vida. A mitad del camino, Manuel, el hermano de mi madre, sintió que la carretera era interminable, percibió el carro, con los cuatro pasajeros a bordo, como un vehículo sin destino final. Como si la ciénaga grande se alargara infinitamente entre ellos, hasta el punto de borrar a Barranquilla del mapa. Se asustó, miró por el retrovisor a su hermana, embarazada, sudando frío, y a su madre, a su madre santa, ayudándola a respirar, evitando que en cualquier momento empujara de más la vida, antes de tiempo. Y ahí fue cuando con voz de mandato le dijo a su madre: “Ma, tírate ahí un rosario”. Su madre, obediente, sacó el rosario perfumado en rosas de una cajita que tenía el rostro de la Virgen María en un sticker circular. Con una mano, agarraba a su hija, y con la otra, le daba cuerda al rosario que sostenían los tres en un coro, padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo... Suplicando que la voluntad fuera hoy a su favor.

Llegaron a Barranquilla al amanecer, con el tiempo justo para entrar a cirugía. Natividad despertaba, en su cumpleaños número 61 con la noticia de que su última nieta venía en camino para nacer. Apenas colgó la llamada, se alistó rápidamente y salió con emoción al hospital. Llegó justo al tiempo que mi madre y, antes de entrar a cirugía, mi madre solicitó que fuera su suegra quien la acompañara en el procedimiento. Nati había estudiado enfermería, tenía fama de tener unas manos sanadoras, de esas que se sacuden entre sí y que solo al ponerlas encima del dolor irradian cura. Había trabajado muchos años en la Cruz Roja y le encantaba la costura. Entró a la sala de cirugía con su energía sincelejana, alegre, conversadora. Cuenta mi madre que estuvo conversando con la doctora sobre la puntada de la herida, muy parecida a la del tejido en lana.

Me he preguntado muchas veces por qué me gusta tanto la madrugada. La madrugada rozando el amanecer. Ese momento en el que todavía es de noche, pero está a punto de dejar de serlo. Mi miedo a la noche y sus pesadillas se relaciona con el miedo a la oscuridad. Todavía me incomoda sentir ese vacío que produce lo oscuro, como un vértigo hacia lo desconocido. En lo oscuro algo parece estar oculto. En la madrugada, en cambio, algo está a punto de salir a la luz.

En amaneceres como los de hoy, quisiera volver al día en que nací, pero el día que nací está en otro lugar.

La reconstrucción de un lugar necesita de

un conjuro corporal,
una poción de tiempo,
espacio y movimiento.

No se debe pensar mucho si hacerlo o no. Abrir la puerta y pensar en que se quiere ir a ese otro lugar, donde se esconde el día del nacimiento, y salir de una, con fuerza en los pies.

Poner atención al camino.

Al salir se deben percibir los posibles desvíos que podrían seducir,
aquellos caminos alternos que harán de guía.

Seguir esa intuición que despierta lo desconocido

en el centro del abdomen y más abajo, en la raíz, roja y energética.

Cruzar por la primera calle desconocida y empezar a acelerar el paso,

luego cruzar por otra calle desconocida.

El objetivo inicial es perderse.

Dos calles más adelante girar a la izquierda, y al llegar a la esquina, doblar a la derecha, caminar cuatro cuadras sin hacer ningún otro cruce. Girar tres veces a la derecha, dibujando un cuadrado perfecto, llegar al inicio del cuadrado y repetirlo dos veces. Jugar un rato con derecha izquierda izquierda derecha derecha derecha izquierda derecha derecha izquierda.

Llegar a una calle completamente nueva, irreconocible.

Quitarse los zapatos y quedar descalza.

Sentir los pies contra el suelo.

Seguir caminando hasta llegar al final de la calle.

El pasado está lleno de silencios.

Un edificio bajito, con un letrero pequeño que dice:

El Marqués.

La entrada tiene como puerta una reja, está abierta, sin candado.

e n t r a r.

Hay
un
jardín
largo.

A la izquierda una especie de local,
como un apartamento
aparte de los del edificio,
un letrero también pequeño
en el que dice Dr.
y al lado una muela.

Caminar por el jardín
y ver las flores secas del jardín,
la tierra es tierra gris como carente de vida
y, sin embargo,

sutilmente con la brisa.

hojas
sus
menean
que
palmeras
dos
hay
que
reconocer
para
mirada
la
subir

Empezar a caminar en líneas curvas hasta llegar al final del jardín. Girar, seguir caminando, girar otra vez. Seguir girando. El edificio tiene tres o cuatro pisos. Es de color gris como la tierra arenosa de la entrada, el segundo balcón tiene unas macetas llenas de flores coloridas.

Dejar de girar y subir unas escaleras en espiral, de baranda de metal, el piso es blanco y tiene piedritas talladas en él. Subir sólo hasta el primer piso y poner las manos en el piso, como un animal.

Sentirse animal.

Hay una puerta, un timbre y un tapete. Parece tener escrita la palabra *bienvenidos*, pero las letras están descoloridas y destejidas. Tocar el timbre, abrir la puerta, entrar al apartamento corriendo, buscar cambios de direcciones, abruptos, sorprendidos, agitarse. Desde dentro se ven las flores que reposan en las macetas del balcón. Parar en cualquier punto del apartamento. Sentir la respiración agitada, sentir la desorientación. Respirar profundo tres veces, hacer con las manos lo necesario para que entre mejor el aire. Subirlas hacia el cielo.

Luego caer al piso y arrastrarse buscando la conexión sacro-occipital de lado a lado, contralateral con las extremidades, mano izquierda avanza, pie derecho empuja.

Ser reptil por un buen tiempo.

Ponerse de pie y escoger otro punto en el espacio.

Darle círculos, darle círculos, darle círculos, darle círculos, marearse.

Improvisar escuchando el instante, pausando, sintiendo las ganas de retenerlo todo y haciendo apnea por veinticinco segundos.

Cuéntalos

1,2,3,4,5,6,7,8,9,10,11,12,13,14,15,16,17,18,19,20,21,22,23,24,25

Para reconstruir un recuerdo hay que salir a correr.

Iba con mi abuela al centro de la ciudad, la acompañaba en su compra de telas, agujas, moldes y miles de cosas que necesitaba para coser. Me encantaba ir a ese lugar bullicioso de Barranquilla. Nati me agarraba la mano, pequeña y sudorosa, con fuerza. Yo controlaba sus repentinos cambios de dirección y ritmo con un cuerpo de niña que solo alcanzaba a ver los diferentes zapatos de la gente y sus vestimentas de caderas para abajo. Yo veía otra ciudad hasta que llegábamos a algún local, era el momento de la pausa en donde sí podía subir la cabeza y ver las caras de quienes atendían a mi abuela. La gente era amable, risueña, y mi abuela ya conocía el meneo de la zona, un pimpán, eso era salir a comprar las cosas en el centro, lo tenía todo calculado.

Un día fuimos al centro mi abuela, mi tía y yo. Ya yo estaba más grande y veía la ciudad más parecida a como la veían ellas, sin embargo, todavía me tocaba darles la mano para no perderme. Íbamos de regreso ya, mi abuela había conseguido las telas que necesitaba. El día estaba particularmente nublado, como si fuera a llover en cualquier momento. Mi abuela llevaba puestos unos tacones de tacón bajito, y no sé por qué ese día iba más arreglada que de costumbre. Estábamos muy cerca de la estación de bus, lo sé porque pregunté cuánto nos faltaba por caminar, sin embargo, nunca había pasado por esa calle, era una calle un poco industrial, como de fabricación de materiales, o algo así. No era para nada como las calles en donde vendían todos los chécheres que comprábamos, no había desorden, ni gritos. Yo iba detrás de mi abuela, aferrada esta vez a la mano de mi tía. Mi abuela se tropezó con una piedra que estaba en el andén, perdió el equilibrio, y al perderlo e intentar apoyarse en la pared, su cabeza dio contra un ladrillo de punta salida. Mi abuela se tocó la cabeza y por entre sus dedos empezó a deslizarse sangre como yo nunca había visto. Roja miedo. Yo empecé a llorar, asustada, desconsolada. Pensando que mi abuela se derretiría ahí mismo, se derretiría toda en sangre y no quedaría más que un líquido rojo de ella. Mi abuela me miraba y sonriendo me decía: “Ya niña, ya, no es nada, esto no es nada”. Las calles estaban completamente desoladas, sólo se escuchaba mi llanto. Mi tía se fue corriendo a la fábrica que había enfrente, a pedir ayuda. A veces en estos momentos resulta que el mundo sí es un pañuelo. Los dueños de la fábrica eran de Sincelejo, conocían a mis abuelos y se ofrecieron inmediatamente a llevar a mi abuela al hospital. A mi abuela no le pasó nada en la cabeza, ni tampoco se derritió en sangre.

Pero tal vez este recuerdo ahora se siente como una pequeña advertencia de ese otro derretimiento, del derretimiento de los recuerdos mismos, que pasaría muchos años después.

El pasado está lleno de silencios.
Hay un hueco en la historia, un hueco silencioso.

El apartamento de mis abuelos almacena infancia.

Anclado a este espacio hay colores: el azul, el amarillo, un blanco sucio.

Hay también objetos: muebles marrones, baños tapizados, una cama grande, dos mecedoras
café, una ventana amplia.

Hay olores: el olor a viejo, el olor a yuca, el olor a talco.

El color azul vuelve a presentarse.

Mis abuelos tenían loros. Un loro en el hombro de mi abuelo, tres en una jaula, dos en la
cocina.

El color azul vuelve a presentarse.

Otro loro recibiendo comida de la mano de mi

abuela,

el color azul vuelve a presentarse.

Cien loros volando en la cocina,
del techo se derriten sombras,
ocho neveras todas repletas,
compran todo en Makro, todo es
gigante,
arequipe gigante,
milo gigante,

una silla chiquita con una *yo-niña* chiquita.

Brisa ceniza entra por la ventana,

yo-niña mirada baja, estuve llorando,
de mi llanto sale la A, la B, la C, la D, la E, la F, la G, la H, la J, la I.

El color azul
azul
azul
azul

El color. Del apartamento de mis abuelos. No es azul.

yo-niña está a otra distancia.

—¿Qué quieres, niña? ¿Unas galletas, un jugo? ¿Qué quieres? Dime.
—Nada, abuela, gracias.

Ya he intentado escribir sobre esto antes.

Después de un rato de picar la comida de forma alocada, de mirarme extensivamente, Natividad se quedó quieta. Pensé que la desnudez es, de alguna forma, sentirse nacido.

Antes de que pudiera envolverme en mis pensamientos, Ángela llegó con un aleteo fuerte al balcón, imponiendo un canto aturdidor. Aleteaba alrededor de Natividad como reclamando su visita, Natividad le contestaba también con sonidos fuertes, las dos aves empezaron a pelearse, a darse golpes en el pico, se alejaban del balcón, sobrevolaban el cielo cercano y regresaban al balcón nuevamente. Repitieron varias veces esta danza, haciendo cada vez más largos los recorridos por el cielo. En un punto dejé de distinguir quién seguía a quién, o cuál de las dos llevaba la delantera en la discusión.

Mientras las dos aves volaban por el cielo, empezó a nevar.

Quise desgonzar mi cuerpo desnudo en los pequeños copos de nieve que caían del cielo. Nunca había visto la nieve, pero siempre la había extrañado. Extrañaba la nieve igual que al mar, aún sin conocerla, casi como un anhelo de algo que no existe.

Tenía frío por dentro, pero sudaba como si tuviera fiebre.

Ángela llegó de nuevo al balcón, seguía gritando fuertemente. Natividad la rodeó unos minutos y luego simplemente desapareció. Quedé frente a esta ave, canosa y vieja. La sentí agotada, como cansada de todo ese pavoneo que había tenido que hacer, del enfrentamiento tan agotador, de los recorridos exhaustivos para ahuyentar al otro pájaro. No me miraba, Ángela llegó al balcón exclusivamente a comer.

Mi bisabuela se sentaba a esperar que le sirvieran el almuerzo en una mesa rectangular que había en la cocina del apartamento de mis abuelos. Vivía desde hace ya varios años, desde que la demencia comenzó a presentarse en su cabeza, en la casa de su hijo Álvaro y su esposa Natividad. Todos los días, apenas terminaba de almorzar, comenzaba a darle golpes a la mesa con el plato vacío. La señora que cocinaba, o su nuera, le preguntaban qué era lo que necesitaba, y Ángela, con voz grosera y arrogante, pedía su almuerzo. Tenían que repetirle varias veces que no le iban a dar almuerzo porque ya se lo habían dado, porque ya se lo había comido. Luego le quitaban el plato de la mesa y lo mismo pasaba con el vaso en el que le servían el jugo, golpeaba el vaso de plástico contra la mesa una y otra vez. El vaso sí se lo rellenaban, le servían más jugo por ahí unas cuatro veces, pero luego también se lo retiraban y se quedaba como una niña pequeña dándole golpes a la mesa, exigiendo que la alimentaran, diciendo que la querían matar y sacando de su boca variedad de insultos. En sus últimos años de vida, Ángela era una mujer vulgar, cosa que nunca había sido antes. Yo la conocí así, como una mujer perdida en su mente, y es así como la recuerdo. Se había quedado parcialmente ciega de un ojo, tenía una postura encorvada, el pelo blanco con gris, largo. Tenía un cepillo de pelo y lo peinaba con él, siempre se lo recogía de la misma forma, con un gancho de plástico. Recuerdo que me sentaba en la mesa del comedor al lado de ella y me pedía que le dijera el abecedario una y otra vez. Me daba miedo Mimina, así le llamábamos en la familia, me daba miedo porque era impredecible, porque no se sabía si iba a ser un día bueno o malo, si estaría tranquila o no, me daba miedo porque decía muchas malas palabras y porque su mirada era extraña, como llena de muchas miradas. Me inquietaba su existencia siempre excesiva, siempre desmesurada.

La primera muerte en mi vida fue la de Ángela. Creo que fue mi madre quien me dijo, me dijeron que murió dormida, en su cama, simplemente no se levantó. Yo también quiero una muerte silenciosa. Recuerdo escuchar a mi abuelo decir que, antes de morir, le había dicho, entre susurros, que ella siempre había sabido que era él quien la cuidaba. A mi abuelo le tocaba hacerse pasar por enfermero para poder bañarla y estar con ella, ella decía que ese no era su hijo. Lo insultaba, le gritaba hijueputa, nunca supe de dónde sacaba la fuerza mi abuelo para lograr cambiar la voz y ponerla gruesa, como pretendiendo ser otra persona, para decirle: “Señora Ángela, déjeme ayudarla, por favor, vamos a bañarla”, y hacerlo él mismo, sabiendo que esa era su madre, su madre loca que ahora no le reconocía. Su madre murió en casa, en casa con él. Creo que es por eso que, ahora que su esposa tampoco le reconoce, se niega a la ayuda externa, está de alguna manera dispuesto a crear cualquier personaje, a cambiar la voz como sea necesario, con tal de ser él quien la acompañe en sus últimos suspiros.

Te hablo para no sentir que eres un personaje ficticio que se ha inventado mi mente.

Te llamo por tu nombre:

Ángela.

Mi abuelo me regaló un libro: *Mediumnidad*.

Dice que tú eras una.

Él dice ser uno.

Dice que yo soy una también.

Tus diarios escritos a mano están en la casa de tu hijo, mi abuelo. Algunos familiares los han leído y comentan que fuiste, sin serlo de profesión, una gran escritora. Además de eso, tu hijo dice que eras una mujer fuera de tiempo. Cuando vuelvo a Barranquilla intento pasar las tardes sentada junto a él. Quiero que me cuente sobre la vida, pero siempre termino preguntándole por ti. Encuentro una conexión entre tu vida y mi vida, creo que entender la tuya es también entender la mía.

Te leí por primera vez cuando estaba en el colegio. Me dispongo a recordar lo que sentí al ver tu caligrafía y aprieto los ojos en un intento de volver al pasado. Pero no vuelvo y eso me angustia. Solo puedo ver una imagen, como si se presentara una portada del recuerdo. Estoy sentada en la cama. Frente a mí hay un libro grande y azul. Dice *Para Myriam*, pero yo decidí que iba dirigido a mí: *Para mi nombre*. El diario lo escribiste para tu hija, si no estoy mal, mucho antes de que ella naciera, decidiste darle consejos sobre la vida, para contarle lo ya vivido desde tu perspectiva. No conocí a Myriam, pero tu hijo me cuenta que tú y ella no tenían la mejor relación. Que una vez, como castigo, le cortaste el pelo, que era largo y negro, con unas tijeras grandes.

Tal vez yo también quiero una hija. Una hija a quien dedicarle estas palabras. Tal vez yo también quiero una hija a la cual contarle mi vida, mis pesares, mis alegrías, mis transformaciones. Tal vez yo también quiero una hija, quiero dar a luz, quiero sentir que mi sangre la lleva otra que yo gesté, yo formé, yo alimenté.

Tal vez eso es lo que me falta para poder entender.

Tal vez yo también quiero una hija que me odie, que me repudie en sus días de adolescencia, que me desee la muerte en sus momentos de rabia, que me sienta desde el ombligo cuando algo le duele, cuando a algo le teme, cuando la vida no se organiza. Tal vez sentir esa existencia en el mundo, sentir que hay alguien más pequeño que yo que no tiene ni idea todavía qué es la vida, le pueda dar razones a la mía.

Te imagino cogiendo las tijeras y cortando con firmeza el pelo de tu hija.

Desde muy pequeña escuchabas voces, te tildaron de loca. Era un tiempo en donde el término *médium* no existía. *Mamá tenía facultades, a ella le hablaban.* Cada vez que puedo le pregunto a tu hijo sobre los espíritus.

Mi abuelo no encuentra el diario que me vincula más a ti, al parecer lo tiene algún pariente, un hijo de Myriam que no conozco. Desconfío del cuidado que pueda darle. Las hojas escritas por ti son otro recuerdo más.

Leo tus diarios como si en ellos hubieras dejado mensajes encriptados.

19 de Febrero de 1925, tenías 14 años.

19 de Febrero de 1981, tenías 70 años.

Han corrido muy rápidamente 56 años desde el día 19 de Febrero de 1925 en que para dicha y recordación de mi vejez, llegué en una tarde fría e inolvidable a la ciudad de San José de Costa Rica, en compañía de mi tía política.

Arranco las palabras que me hablan en silencio.

Y he pasado estos 56 años guardando con enorme cariño este legajo de notas sueltas que a manera de distracción inicié escribir muy entusiasmada en esa lejana época sin pensar como dijo un poeta: “Misterios que al papel lleva la mano, el tiempo los descubre y los publica”. En estos años transcurridos hube de tener el cuidado de copiar muchas anotaciones porque estaba manchado el papel (yo escribía en el papel que encontraba a mano) y destruido otras por ilegible la letra, parecían alitas de cucaracha, y era justo yo escribía de noche acostada para que no se dieran cuenta en la casa, y además mi letra ha sido pésima.

Escribo a ciegas, está oscuro.

Fue la época más feliz de mi vida.

Te llamo por tu nombre: Ángela.

1981

Febrero

recordación de mi vejez

una tarde fría e inolvidable

lejana época

ilegible la letra

buena memoria

reconstruiría hechos y pasajes vividos.

La casa de mis abuelos está llena de espíritus,
a veces llegan de paso,

entidades.

El silencio se parece a lo oscuro.

Yo creo que hay una línea delgada

entre la mediumnidad

y la locura.

Seguía nevando. Pensé en que ese extraño anhelo que tengo por la nieve es parecido al que tengo por mi bisabuela, una mujer que casi no conocía en persona, pero que extraño.

Ángela terminó de comer y algo en mí sintió que ella sabía que le estaba hablando, su mirada oculta en la acción de comer la hacía sentir distante y desconectada, pero por un momento percibí un movimiento pequeño pero contundente, una señal silenciosa y disimulada, que me dio a entender que en realidad había algo de ella que estaba presente, sigilosa pero presente, camuflada pero presente, en todo caso, presente.

He deseado de noche su visita. He deseado que en la noche cuando apague la luz vea su sombra entre la penumbra, he deseado que me asuste, que me haga sentir que estoy loca, que se me aparezca en una alucinación. He deseado verla.

Escribo a ciegas.

Los conjuros no parecen ser suficientes.

Pasado un tiempo, Ángela simplemente se fue. Comenzó a nevar fuerte, tan fuerte que después de un rato me puse de pie para cerrar las ventanas, la nieve me impedía tenerlas abiertas. Pensé en el tercer cuervo, que hoy no había llegado a comer. Me entristecí un poco, de sentir las tan distantes entre ellas, sentí que tal vez nuestra puesta en escena acabaría ahora siendo tres solos, cada uno muy diferente.

Ese punto entre el nacimiento y la muerte es la buena memoria.

Antes de poder cerrar las ventanas, vi a lo lejos, en un árbol seco por el invierno, a los tres cuervos. Cada una en una rama.

Ángela hacía de punta superior de aquel triángulo que Natividad y el tercer cuervo complementaban hacia los lados. Me miraban.

Y empezó la danza.

Las tres se alejaban y se acercaban al árbol. Cambiaban de rama, y el triángulo se empezó a mover. El triángulo empezó a ser círculo. Salían una por una para sobrevolar el cielo del que caían copos grandes, había un viento fuerte, violento. Mientras hacían esto empezaron a gritar, fuerte, a producir un canto aturdidor.

En un punto ya no sabía cuál era cuál, ya no sabía cuál era yo.

Los conjuros no parecen ser suficientes.

I can't believe it's just a burning memory.²

² Álbum musical de The Caretaker

mentirosa memoria.

Derretimiento cuando la palabra memoria se baila.

Se baila cuando se derrite la palabra memoria.

Se derrite y se baila la palabra memoria.

mentirosa memoria.

Hay que primero pensar en que se va a bailar la palabra. Arrastrarla a la primera vértebra de la columna, al coxis, empezar a menearla de un lado a otro para sentirla inestable, frágil, mareada.

Mantenerla ahí.

Después de esto, pensar en palabras, nombres, direcciones, números, lugares, rostros, colores, apellidos, ciudades.

Hay que bailarla rápido porque, si no, la palabra se diluye.

Chequear que siga en el coxis y dejar que serpenteo por el espacio entre cada vértebra haciendo un zigzag hacia arriba.

Cuando llegue hasta la última vértebra y roce con el cráneo, dejar que chorree, expandir la articulación de la mandíbula abriendo la boca un poco.

Decir la palabra *azul*, decir la palabra *nacer*.

Tengo los ojos cerrados mientras me muevo.

La mano izquierda sostiene las dos clavículas. Si las suelto, siento que me voy a desbaratar. El ojo derecho me tiembla, decido con la otra mano sostenerlo.

Tensionada, respiro.

Las clavículas se tranquilizan después de un rato, puedo desprenderme de ellas, pero el temblor en el ojo se vuelve cada vez más intenso. Se va extendiendo por el lado derecho del rostro, bajando por la mejilla, por la mitad de la boca, por el mentón.

En mitad tiemblo.

La vibración va disminuyendo, pero ahora siento que el ojo se me derrite. Por más que lo agarre con presión hacia dentro, empuja por salir y por escurrirse hacia abajo. Se derrite más y lo intento agarrar ahora con las dos manos. Lo aprieto, pero no, no funciona, el ojo empieza a caer.

Ceder decido.

Me derrito en mitad. Se me cae media cara, la otra mitad queda intacta. Sonrío con media boca, la otra ya no puede sonreír.

No sé qué cara dar ahora que estoy en dos tiempos a la vez.

La mitad del rostro, la mitad derretida, está en el pasado. Baila abrazada de un hombre que ya no está. Bailo con él y lo disfruto, el hombre no se despega de mí, el baile vuelve a empezar. Por momentos intento desprenderme del pasado, ver desde el otro ojo el tiempo no derretido del presente, pero me siento ajena.

Aparece ahora un martilleo, lo siento detrás de la cabeza, en las vértebras cervicales, lugar donde se chorreó la palabra.

El hueso palpita y decido tocarlo con el dedo, suavemente.

Le hago toc
toc
toc a ver si hay alguien ahí.

Me duele la cabeza por dentro.

Estoy frente a un clóset.
He perdido el tiempo.
Estoy frente a un clóset.
En las manos tengo servilletas sucias.

Intento recordar dónde estaba antes, pero sólo queda el eco de un baile.

Estoy frente a un clóset y en las manos tengo servilletas sucias.

Delante de mí hay un cajón abierto lleno de más servilletas, cada una doblada de diferentes maneras, algunas pocas están limpias.

No está en mis manos el tiempo.

El tiempo se derrite mientras en las manos tengo servilletas sucias.

Alguien grita a lo lejos mi nombre. Una niña entra al baño, no sé quién es, pero siento que la amo. La niña se acerca. Me pregunta qué hago con eso. No suelto las servilletas, las agarro con violencia, las aprieto contra mi palma, me lastimo. No le contesto nada. Me dice *abuela*. Me arranca de las manos las servilletas y siento un temblor en mi ojo derecho.

—Dámelas.

—No.

—Con eso voy a hacer algo.

—¿Qué?

—No sé, pero voy a hacer algo.

—¿Cuántas servilletas tienes? No vas a hacer nada con tantas servilletas sucias.

—Yo iba a hacer algo. No sé qué.

La frase *yo iba a hacer algo* pegada entre mi lengua y mi pensamiento, pero no encuentro cómo justificarla. Yo iba a hacer algo con estas servilletas, algo importante, algo que se tenía que hacer, algo que *yo iba a hacer*. Siento en mi cuerpo el impulso de hacerlo, pero siento también el vacío de no tener ni idea qué es.

La niña se va.

—¿Qué quieres, niña? ¿Unas galletas, un jugo? ¿Qué quieres? Dime.
—Nada, abuela, gracias.

Para
reconstruir
un
recuerdo
hay
que
salir
a
correr
correr
a
salir
que
hay
recuerdo
un
reconstruir

Para
reconstruir
un
recuerdo
hay
que
salir
a
correr
correr
a
salir
que
hay
recuerdo
un
reconstruir

Para
reconstruir
un
recuerdo
hay
que
salir
a
correr.

Me sigo moviendo.

Estoy sentada en una silla de plástico.

Uno de mis ojos no ve.

El otro alcanza a ver sombras pasar.

No hay tiempo.

Una voz grita mi nombre.

Estoy sentada en una silla de plástico.

—Vamos a bañarte.

—Hijueputa, vaya a bañar a su malparida madre, a mi nadie me baña, yo ya me bañé.

La persona me alza, agresivamente, me lastima. Me carga como un bebé mientras yo insulto.

Llegamos al baño y me suelta frente al espejo. Alzo mi mirada y frente a mí hay un pasillo estrecho. Recuerdo los días en donde escribía y me dan ganas de escribir sobre esto.

Estoy frente al espejo, no me veo más, sino en un pasillo estrecho.

Los conjuros no parecen ser suficientes.

El tiempo corre y sigo sin merecer aquello que tanto anhelé.

Las palabras se me escapan, no las alcanzo.

Las palabras ya no son palabras.

Se me escapan,
se me esfuman,
se me escurren,
se me esconden,
se me diluyen,
se me parecen,
se me confunden,
se me escabullen,
se me difuminan,
se me borrosean,
se me enrarecen,
se me camuflan,
se me pierden,
se me deslizan,
se me barren,
se me dañan,
se me rompen,
se me caen,
se me tropiezan,
se me retuercen,
se me fracturan,
se me nublan,
se me cuelan,
se me van.

L p l b r m m r s n p l b r m n t r s
a a a e o i a e u a a a e i o a
La la me ri es na la men ro
pa bra mo a u pa bra ti sa

Si hoy día tuviera el privilegio de la buena memoria que antes me acompañaba, reconstruiría hechos y pasajes vividos, ya borrados por el tiempo, para salvar mi alma que ha estado tan triste.

reconstruiría hechos y pasajes vividos, ya borrados por el tiempo, para salvar mi alma que ha estado tan triste.

No paro de moverme.

Quiero arrancarme la piel, sentí que dije.

Pero realmente no creo haberlo dicho, probablemente debí haberlo pensado, fugazmente, y el pensamiento fue tan fuerte que imaginé haberlo escuchado. Empecé a tocar mi piel, con docilidad e intentando algo cercano a las caricias.

No soy más que texturas.

Me fascina sentir los pelitos en mi cuerpo entiesarse.

Me quiero descuartizar, escuché. Pero no creo haberlo escuchado, nadie me acompañaba en el momento, probablemente debí haberlo dicho sin darme cuenta, en voz baja.

Hago el intento de ser tierna con mi carne, las manos recorren. Acaricio el espacio detrás de mis orejas, mis axilas, el espacio entre mis dedos de los pies, la parte de atrás de mis rodillas, penetro mi nariz con un dedo y me acaricio los pelos y el cartílago, me acaricio hasta los mocos.

Invoco a que mi imagen despierte.

Este cuerpo es una plastilina, un juguete, es maleable, flexible. Pretende ser una masa cambiante, pero a veces siento que no está realmente vivo. Lo de adentro sí.

Me encantaría ver palpar mi corazón, lamerlo con la lengua, chuparlo, excitarlo. Me encantaría verme las entrañas, los órganos, atestiguar el flujo de mi sangre, sostener mis pulmones, soplarles aire, limpiarlos.

Las caricias se vuelven desesperadas, la poca elasticidad de la piel me estresa. No poder abrirme, también. Halo mi piel como intentando separarla de los huesos, de los órganos, intentando abrirla, desprenderla. Para que entre aire entre la grasa y las articulaciones, entre la grasa y los órganos, entre los órganos y los músculos, entre los órganos y los huesos,
entre lo que imagino y lo que realmente es.

Se me destiemplan los dientes con el sonido.

Me siento mareada por el dolor.

Las caricias se vuelven pellizcos.

Veó oscuro.

Los pellizcos se vuelven golpes.

Glóbulos rojos se acumulan en mi piel.

Moradorojorosaverde.

Me voy dando color.

Ruptura de los huesos.

De mi imagen
sale otra imagen
y de esa otra imagen
sale mi imagen
que abre mi imagen
para que salga mi imagen.

La palabra memoria es una palabra mentirosa.

YO

SOY

yosoyvariasvoces

VARIAS

VOCES

en el medio,

en el centro del círculo,

la palabra
azul
es la
palabra
nacer
ojo
nacer
que
vidriosos
ojos
derretidos
quieres
ojos que
yo-niña
no ven
recordar
buena
mentira
para
yo-niña
locura
azul
nada
se
me

mentirosa
yo
yo-niña
tres

cuervos

entre
las tres,
yo estoy

escribo a oscuras
pero veo palabras,
abuela,
veo palabras.

BIBLIOGRAFÍA

- Shechner, R. (n.d.). *Performance Studies: An Introduction* (Third Edition). Routledge.
- Bardet, M. (2014). *Pensar Con Mover: Un Encuentro Entre Danza Y filosofía*. Cactus.
- Ono, Y. (2015b). *Grapefruit. reprint*. Museum of Modern Art.
- Bicecci, G. V. (2022a). *Conjunto vacío*. Laguna Libros.